

¿Por qué *Estudios Evangélicos*?

En muchos países latinoamericanos en el siglo XIX las iglesias evangélicas habían alcanzado a una fracción mínima de la sociedad; sin embargo, su influencia era la de una fuerza social significativa: presentes no sólo en el trabajo misionero, sino en el avance tecnológico, en el levantamiento de hospitales y la fundación de colegios, la minoría protestante hizo un aporte importante a los países que nacían hace doscientos años. No hay por qué idealizar ese momento, también ambivalente. Pero en cualquier caso, hoy esta situación parece haberse invertido. Pues las iglesias evangélicas de Latinoamérica son constantemente mencionadas como uno de los principales focos mundiales de crecimiento del cristianismo, pero la influencia que dicho cristianismo tiene sobre la sociedad que nos rodea es muchas veces magra. A primera vista esto podría ser un hecho por el que no tenemos culpa: no está meramente en manos de la Iglesia el impacto que vaya a tener su mensaje. Dios ha incluso enviado profetas anticipándoles que no van a ser oídos (Is. 6; Ez. 3:6-7). Pero en este caso hay agravantes que indican también una negligencia nuestra. Y así, en espíritu de penitencia más que en búsqueda de culpables, debemos dirigir la mirada hacia nuestras propias filas para ver por qué el cristianismo evangélico no está teniendo sobre muchos países un notorio impacto positivo.

En primer lugar, y continuando la comparación con el siglo XIX, la Iglesia no parece suficientemente consciente de dónde se encuentran sus más profundos antagonistas. En el siglo XIX las iglesias evangélicas luchaban ante todo contra el catolicismo, en parte en el plano doctrinal, en parte en defensa de sus libertades cívicas. A veces esto incluso conducía a una alianza estratégica con la masonería u otros grupos no cristianos que disputaran al catolicismo la conducción de la sociedad. Sería incorrecto que quienes no vivimos dicha situación juzguemos de modo muy duro a los de entonces. Pero sería igualmente incorrecto ignorar que la situación ha cambiado: hoy nos encontramos en países en los que si bien la religión mayoritaria es la católica, *las ideas más dominantes no son las católicas*. El catolicismo por supuesto sigue siendo una fuerza social importante, pero las ideas que recibimos a través de la televisión, a través de los programas educativos, o en la conversación cotidiana, tienden a mostrar orígenes claramente distintos. Tomar conciencia de ese cambio es crucial; crucial resulta también afinar la mirada para ser capaces de ver tanto lo positivo como lo negativo que puede haber en ese cambio. Nuestras sociedades se han vuelto menos homogéneas, y ese clima genera oportunidades nuevas; pero al mismo tiempo que reconocemos eso, debemos ser capaces de responder de modo sabio a los muchos problemas de la nueva situación cultural: no hay programa educacional, ni legislación, ni actividad cultural, que sean neutros, y debemos entrenar nuestra capacidad de ver qué ideas son las que nos están alimentando.

Ante este escenario es altamente preocupante que gran parte del discurso público evangélico siga estando dirigido en primer lugar contra el catolicismo. Pues ello tiene al menos una consecuencia negativa muy seria: esto lleva a que algunos se aprovechen del anticatolicismo que hemos heredado, para usarlo como herramienta en la corrosión de nuestras propias posiciones. Así, se llama constantemente a las iglesias evangélicas a atacar toda clase de posiciones calificadas de “católicas”, siendo que muchas de dichas posiciones



pertenecen a nuestra herencia cristiana común, que así traicionamos de modo muchas veces inconsciente. Es imperativo corregir esto y recentrar nuestras discusiones. Pero se trata precisamente de recentrarse, no de buscar en el catolicismo un aliado para formar un bloque hostil contra otros “adversarios”. Aunque digamos que no es eso lo buscado, nuestra retórica nos delata más de una vez. Por lo demás, lo que hemos dicho aquí respecto de la relación con el catolicismo es sólo un indicio de un problema presente también en otros órdenes: nuestras prioridades desordenadas, las muchas fuerzas gastadas en discusiones insustanciales, fuerzas que deberían ser reinvertidas en los temas de vida o muerte en los que muchas veces callamos, y sobre todo en el trabajo de largo plazo de transformación de nuestra cultura.

En segundo lugar, hay que mencionar la aparente “salida de anonimato” del mundo evangélico. Parece justificado hablar de tal salida del anonimato. Unas dos o tres décadas atrás, en efecto, la mayor parte del mundo evangélico no accedía a la educación superior, era relativamente indiferente a la situación política de nuestros países, no poseía medios de comunicación social, en suma - no sólo no salía en la prensa, sino que tampoco la leía. Hoy todo eso ha cambiado. Se puede constatar esto en varios puntos. Así, por ejemplo, ha nacido un gusto de muchos evangélicos por la actividad política. Esto, en principio positivo, se ve opacado por una abrumadora subordinación de las propias creencias cristianas a los distintos programas políticos, así como por la utilización de la fe evangélica como herramienta de captación de votos, como tristemente se puede constatar en las declaraciones por las que diversas entidades evangélicas hacen llamados oficiales a apoyar determinadas corrientes políticas. Asimismo hay una seria descompensación entre aparición pública y estudio: el afán por salir en la prensa ha precedido al prepararse para saber qué decir ante la misma. Del anonimato hemos pasado a la sobreexposición, una sobreexposición que en el debate público deja una imagen a veces más distorsionada de nuestras iglesias que la que había cuando éramos anónimos. Por último, muchas veces la salida del anonimato ha consistido en defender sólo los “derechos” de las iglesias (la constante preocupación por nuestra presunta discriminación), en lugar de salir del anonimato para defender a terceros. Esto es preocupante en muchos sentidos. Por una parte, porque el presentarnos continuamente como perseguidos que reclaman sus derechos es un acto vergonzoso si pensamos en regiones en las que los cristianos de hecho son objeto de persecución seria. Por otra parte, porque nadie puede ser de servicio para otros si este espíritu de constante búsqueda de reivindicaciones se ha apoderado de él. El tono de resentimiento convierte a la iglesia en un agente que agrava los problemas de nuestra sociedad en lugar de contribuir a solucionarlos.

Ante este problema y ante la constante publicidad, uno no puede sino identificarse con las palabras del profeta: “¿Hasta cuándo he de ver bandera, he de oír sonido de trompeta?” (Jer. 4:21). La solución a esta situación no es un conjunto de iglesias, ni un conjunto de cristianos, que comiencen a emitir declaraciones sobre el estado de sus países; la solución es haber realizado un trabajo tal que tales declaraciones broten de modo natural, que sean otros los que vengan a pedir las. Necesitamos que una sólida sustancia cristiana desplace al afán de protagonismo.



El corolario de esto en materia de evangelización es igualmente preocupante: si bien las iglesias evangélicas tienen como tal vez principal nota característica el llamado a la conversión personal, el esfuerzo evangelístico está concentrado cada vez más en medios de evangelización de masas. Y si bien nadie negará los grandes beneficios que dichos medios han traído para la difusión del Evangelio, el hecho de que sean el principal canal de evangelización necesariamente modificará la visión que se tenga de la conversión misma. Ante este conjunto de fenómenos el cristiano hará bien en recordar la actitud de Cristo ante la publicidad y el anonimato, el ejemplo de Jesús esperando treinta años antes de iniciar su ministerio público. Cuando lo instan a que vaya a hacerse publicidad en las fiestas en Judea, donde lo podrá ver más gente (porque, según sus tentadores, “ninguno que procura darse a conocer hace algo en secreto”), Jesús responde: “vayan ustedes a esa fiesta, mi tiempo no ha llegado”. Y sin embargo, finalmente, Jesús sí sube a Judea, pero “no abiertamente, sino como en secreto”. Y sube en secreto porque va simplemente a enseñar (Jn. 7:1-9). Eso sí le interesa; por algo así sí se arriesga a aparecer en público. “Muchos días ha estado Israel sin verdadero Dios y sin sacerdote que enseñara y sin ley” (II Crón. 15:3). Lo mismo que de Israel puede decirse de Latinoamérica, y se echa de menos una correspondiente preocupación de los cristianos. Tal preocupación puede tomar la forma de organizaciones dedicadas a la educación en cualquier de sus etapas, pero también debe tomar la forma de revistas que no sean noticiosas, sino medios para transmitir el fruto del estudio. *Estudios Evangélicos* es un intento por subir a esta “fiesta de Judea” que es internet, pero no a figurar sino a intentar enseñar; a intentar traer algo de luz sobre lo que el cristianismo implica más allá de la vida eclesial.

Tras nombrar nuestros problemas de descompensación entre actividad pública y estudio, hay que nombrar otro campo en el que nos encontramos con frecuentes problemas: la “salida del anonimato” implica, entre otras cosas, que el mundo evangélico es llamado con cada vez mayor frecuencia a participar, junto a la Iglesia Católica, en la conmemoración de ciertas fechas, en inauguraciones de centros públicos, y en eventos de todo orden. Si bien esto parece hacer justicia a nuestras iglesias, invitándolas a instancias de las que antes sólo habría participado el catolicismo, cabe hacerse serias preguntas sobre el modo de actuar en dichas situaciones. Pues si bien no es deseable que nuestra presencia sea de constante crítica de las actividades gubernamentales –sobre todo por el tono poco respetuoso con que muchas veces ocurre–, tampoco puede ser visto como positivo que las iglesias aparezcan públicamente entregando su bendición a absolutamente cualquier cosa. Nuestras iglesias parecen oscilar entre la total sumisión, por una parte, y la falta de respeto por otra. ¿Por qué ha de ser tan difícil mostrar una respetuosa cautela? Pues si bien como cristianos podemos colaborar con personas de todo tipo de convicciones para hacer el bien, no podemos dar nuestra bendición a todo lo que se hace, precisamente porque no todo es bueno. ¿Poseen hoy las iglesias evangélicas la claridad suficiente para en ciertos casos decir a la autoridad “esto no”, y decirlo con respeto? ¿O el precio de la salida del anonimato ha sido una sal que pierde su sabor, la pérdida del espíritu de discernimiento? Debemos plantearnos tales preguntas no en actitud de desdén hacia quienes se encuentran en delicadas tareas, sino aprendiendo a reconocer la complejidad de los problemas, que por lo mismo requieren que nos detengamos a considerarlos.

Tras considerar los efectos de la “salida del anonimato” debemos mencionar el preocupante hecho de que la mayoría de las actuaciones políticas por el lado evangélico son declaraciones de pastores, y no acciones de los laicos. Esto presenta serios inconvenientes, pues de este modo las opciones políticas de quienes emiten tales declaraciones quedan impropriamente avaladas por la autoridad pastoral, la cual a su vez se ve debilitada una vez que dichas opciones políticas se revelan como erróneas. A esto se suma el común hecho de que en muchos países varias asociaciones se adjudiquen simultáneamente la representación pública del mundo evangélico. Con mayor o menor frecuencia, así como con mayor o menor mesura, encontramos por tanto en la prensa declaraciones públicas de consejos, corporaciones y movimientos, presentadas ante cada nación como propias del mundo evangélico, pero rara vez contribuyendo en ello con una voz distintivamente cristiana, sino sólo instrumentalizando el cristianismo para la propia posición política. Las consecuencias negativas de esto son muchas: no sólo crea desorientación en la opinión pública respecto de cuáles son las convicciones dominantes en las iglesias evangélicas, sino que introduce dicha desorientación dentro de las propias iglesias, llevando además a que en iglesias ya tristemente divididas por motivos de todo orden, se introduzca además un grado de división política antes no conocido.

Para corregir esto no sólo se requiere que los pastores permanezcan en el ministerio al que han sido llamados, dejando a los laicos la tarea política a la que han sido llamados ellos, sino que se requiere también cuestionar el énfasis tan marcado en la actividad política como mecanismo de cambio. La actividad política efectivamente puede ser un camino al que el cristiano esté llamado para transformar el mundo. Pero la política no sólo es un camino para transformar al mundo, sino que también –y sobre todo si se pone en ella esperanzas tan grandes- puede ser un camino por el cual el mundo nos transforme a nosotros. Lejos de un énfasis tan unilateral en la transformación política de nuestras sociedades, debiéramos pues llamar a una participación de los cristianos en los distintos oficios y profesiones, con creyentes concentrados en encarnar el cristianismo en su propia vida diaria, impactando al mundo por esa vía.

Pero para esto debe ser removido un inmenso obstáculo. Esto es, el hecho de que en gran parte de la cultura evangélica la vida cristiana esté reducida a un conjunto más bien pequeño de la vida, que muchos ven como lo específicamente espiritual. Pero el mensaje bíblico se encuentra lleno de correcciones de este espiritualismo: “Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros” (I Sam. 15:22). Una y otra vez se nos recuerda que el culto sin la ética carece de valor ante Dios: “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes” (Is. 1:13). *Estudios Evangélicos* busca ayudarnos a dejar atrás este quiebre entre el domingo y el resto de la semana.

Es muy significativo que en el Nuevo Testamento esto se concrete no en un llamado principal a la actividad política, sino en el llamado a la buena ejecución del propio trabajo, sea éste cual sea: “Y que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado” (I Tes. 4:11); “Porque



oímos que algunos de entre vosotros andan desordenadamente, no trabajando en nada, sino entremetiéndose en lo ajeno” (II Tes. 3:11). De este modo, es cada uno de los trabajos, no sólo el político, el que está llamado a adoptar un camino conforme a la voluntad de Dios. Pero el énfasis puesto en el trabajo personal no implica una privatización del Evangelio, sino que sigue vigente el llamado a que esto se concrete trascendiendo la vida privada. De las palabras dadas por Dios se nos dice que “las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Dt. 6:7). Cuando a través de esta revista buscamos iluminar desde el cristianismo distintas vocaciones no se trata de que “por fin” los cristianos podamos ser profesionales socialmente aceptados, sino de que podamos aprender cómo cada profesión puede ser un camino de “pre-evangelización” y “post-evangelización”, esto es, cómo nuestro trabajo nos puede ayudar a mostrar que el cristianismo, más que una decisión, es precisamente un *camino*. Si es un caminar juntos, significa además que la preocupación por la propia vocación no debe desconectarse de nuestra preocupación por la vida pública.

Para poder como evangélicos concretar esto, debemos corregir la tendencia a que la voz de las iglesias se vea debilitada por su inmediatez. Pues tradicionalmente en las iglesias evangélicas sí hemos sabido responder ante problemas inmediatos: el consejo pastoral a un matrimonio destruido, la reacción ante catástrofes, la acogida en hogares de rehabilitación, todo eso es un trabajo que sí existe y en el que las iglesias evangélicas han dado una constante muestra de amor al prójimo. Pero todos estos son trabajos de reacción ante un mal ya inmediatamente presente. Sin disminuir dicho trabajo, es imperativo sumar al trabajo de emergencia el trabajo de prevención. Eso pasa por una seria conversión de nuestras prioridades, poniendo en primer lugar el trabajo a largo plazo. Pocos textos bíblicos apoyan esto de modo tan enfático como la carta de Jeremías a sus hermanos en el cautiverio: “Edificad casas, y habitadlas; y plantad huertos, y comed del fruto de ellos. Casaos, y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos, y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas; y multiplicaos ahí, y no os disminuyáis. Y procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová; porque en su paz tendréis vosotros paz” (Jer. 29:5-7). Si precisamente a los cautivos se les pide esta mirada a largo plazo, no hay situación alguna de urgencia que nos permita excusarnos por no tenerla nosotros. Por eso el corazón de *Estudios Evangélicos* es la sección de *Cuestiones Fundamentales*: aquí queremos pensar sobre qué significa eso de edificar casas y ciudades, qué significa eso de casarse y engendrar hijos, qué significa eso de procurar la paz de la ciudad. Y no queremos pensar solos, porque sabemos que no se puede: lo queremos hacer con nuestros lectores, pero también con aquéllos a quienes leemos. Es por eso que tenemos también una sección de *Comentario de libros que* no sólo tiene reseñas propiamente tales, de libros recientes, sino que busca en términos más generales invitar también a leer grandes clásicos de la mente cristiana. Una sección de *Clásicos* presenta también textos de ese tenor que no han sido previamente traducidos a nuestra lengua. Por supuesto esto puede ser una tentación: hablar sólo sobre el largo plazo, preparar a nuestras iglesias sólo para temas que aún no las golpean. Nuestra sección de *Actualidad y opinión* intenta ayudar a que eso no nos ocurra, a que también tengamos palabras adecuadas para lo más inmediato.

El conjunto de problemas que hemos detallado no sólo es preocupante en cuanto a lo que revela de la vida de las iglesias. Es preocupante porque nos debemos a las naciones en las que hemos sido puestos por Dios, nos debemos a las personas con las que nos toca vivir, entre las que somos peregrinos y ciudadanos a la vez. Este es un deber con el que no estamos cumpliendo de un modo satisfactorio, y nuestra falencia se da precisamente en un momento en el que de modo particularmente intenso es necesitada nuestra ayuda. Porque de a poco nos vamos reconociendo más y más en la descripción de un pueblo “seguro, ocioso y confiado” (Juec. 18:7). Pero confiado sin motivo alguno, pues seguimos teniendo una pobreza que clama al cielo, una familia que se desintegra con acelerada velocidad, una educación que en el mejor de los casos entrega “herramientas”, pero que no forma, y una acelerada toma de decisiones en lo que se refiere al comienzo y el término de la vida, cuestiones ante las que no sólo como cristianos, sino que como humanos no podemos permanecer indiferentes. Y estos distintos factores se potencian mutuamente, acelerando una crisis social por la que también tendremos que responder quienes hemos tenido la fortuna de no ser sus víctimas: “Esta es la ciudad alegre que estaba confiada, la que decía en su corazón: Yo, y no más. ¡Cómo fue asolada, hecha guarida de fieras!” (Sof. 2:15).

Las iglesias evangélicas cuentan con muchos elementos que les permitirían dar una respuesta adecuada a esta situación. Contamos como iglesias con una larga historia de presencia y trabajo entre los más desposeídos; contamos con los testimonios vivos de que vidas humanas aparentemente sin esperanza alguna pueden llegar a reconstruirse, a ser focos de esperanza y vida buena; contamos con la fortaleza que da el saber que se puede llevar una vida distinta del mundo. Pero para que estos y otros muchos factores positivos desempeñen el papel que deben desempeñar, es necesario reorientarnos en los puntos que hasta aquí hemos señalado como débiles. Debemos hacer eso por obediencia a Dios, lo debemos como deuda a quienes antes de nosotros han dejado lo que tenían para dar sus vidas en servicio, y lo debemos como herencia a quienes vendrán tras nosotros, a quienes no podemos heredar países desalmados, ni una religiosidad aguada. *Estudios Evangélicos* sólo busca ser una herramienta de ayuda a aquellos grupos cristianos que ya están intentando, por diversos caminos, responder a los problemas que hemos enumerado. No queremos ser una revista de teología, pero sí una revista teológicamente informada, que sea un soporte en el estudio, en la formación y la difusión de una mentalidad cristiana en relación a los asuntos públicos. ¿Y qué problema humano no es finalmente público?

Algunos artículos publicados durante los últimos años representan de modo particularmente claro la mirada que nos interesa cultivar. Te invitamos aquí a leerlos:

[La tarea de un \(auto\)crítico cultural. Entrevista con Os Guinness](#)

[Jonathan Muñoz: Cosmovisión cristiana: una \(muy\) breve introducción](#)

[Stanley Hauerwas, Ve con Dios. Carta a un joven universitario](#)

[Don Browning, Matrimonio cristiano y políticas públicas](#)

[Guilherme de Carvalho, El señorío de Cristo y la misión de la iglesia en la cultura](#)